

EL / LA MAR

El mar sin tiempo y sin espacio nos acaricia con sus olas comprensivas. Su soledad es tan inmensa que se confunde con sus aguas infinitas. Nadie lo habita, ni lo surca; nadie lo llama, ni lo escucha, ni lo mira. Vive desnudo como el alma, con su profunda inmensidad por compañía. No hay bienvenidas en sus puertos; ni en sus oscuros malecones despedidas. Tanto las playas que desea como las playas que abandona están vacías. Mudas están sus caracolas, y ya no alumbran sus estrellas submarinas. De los veleros que lo amaron apenas hay reminiscencias imprecisas. La tierra ignora nuestras dudas y el firmamento nuestras largas agonías. Sólo este mar que nos comprende puede medir la soledad de nuestras vidas. El mar inunda nuestros ojos con la ternura temblorosa de sus aguas. Y nos contempla largamente con la dulzura elemental de su mirada. El poderoso sentimiento del mar sin fin tiene un momento forma humana. Y entre las aguas invasoras nuestra emoción es más profunda y más amarga. Para el dolor alternativo de las mareas nuestro ser es una playa. De nuestras venas son las olas que se suceden en las costas más lejanas. Algo más grande que nosotros está despierto en nuestra voz abandonada. Una pasión de carne y hueso tiembla en el pulso de las olas solitarias. Manos de viento nos golpean el corazón y nos oprimen la garganta. Sólo este mar que nos contempla sabe medir la soledad de nuestras lágrimas. El mar escucha sin descanso la silenciosa confesión de los recuerdos. Una emoción incontenible, pero sin voz, sube del fondo de su pecho. Donde las aguas son profundas como la muerte y el amor, hay un velero. Bajo las olas pensativas el gran navío de la infancia está durmiendo. En el abismo es su dulzura como un violín abandonado en un desierto. Nido en el bosque tenebroso, llanto infantil en un camino solo y negro. Por lo callado y por lo solo parece un alma ensimismada en vez de un cuerpo. Para su amor interminable todos los puertos de la tierra son pequeños. Sólo este mar que nos escucha puede medir la soledad de nuestros sueños. El mar pregunta por nosotros en el lenguaje de sus olas más oscuras. (De tan sombrías, ni siquiera tienen la gracia luminosa de la espuma.) Profundos son sus ojos negros, pero su voz es todavía más profunda. Es necesario haber sufrido sin compasión para saber lo que murmura. Las olas vienen de muy lejos a descansar en nuestro ser, una por una. Vienen sin restos de naufragios y bajo cielos sin estrellas y sin luna. No vieron islas encantadas, ni blancas velas, ni gaviotas vagabundas. Desierto igual es imposible fuera del ser por quien suspiran y preguntan. Sobre las olas desoladas el firmamento está distante como nunca. Sólo este mar que nos invoca puede medir la soledad de nuestra angustia. El mar sin rumbo y sin amparo busca refugio silencioso en nuestra frente. Y el movimiento de las olas infatigables se apacigua lentamente. Sobre las aguas angustiosas una quietud espiritual dicta sus leyes. La eternidad las tranquiliza con la virtud maravillosa de su aceite. En las tinieblas infinitas un gran misterio abre las alas para siempre. Y en el abismo solitario todas las formas del olvido están presentes. En vez de voces hay silencio, y aterradora soledad en vez de seres. Donde hubo pájaros hay viento, y oscuridad y oscuridad donde hubo peces. Nuestro dolor y el de las aguas están unidos en la paz de las rompientes. Sólo este mar que nos conoce puede medir la soledad de nuestra mente.